

lla ,ya hablará con un tono espantoso en el dia de su furor. Y en aquel dia, tenedlo bien entendido, sí, en aquel dia, todos los impíos estarán llenos de confusion y de espanto, heridos por la maldicion eterna á la faz del universo entero. ¡Oh! sí, mis amados hermanos; tengamos muy presente aquel gran dia, y temblemos. Pensemos en la justicia que debe hacer un minucioso exámen de todas las humanas maldades; y detestando el orgullo de los pecadores, imitemos á María, cuando cruzando humilde y modesta la puerta de bronce, que cerraba á los profanos el sagrado recinto del Templo, va á depositar su corazon immaculado en las manos de su Dios para ser suya eternamente.

¡Harto nosotros tambien, oh Dios mio, te ultrajamos una y mil veces con inaudita insolencia, olvidando el amor con el cual, Tú, benignísimo, nos engendraste para la vida de tu gracia celestial! ¡Oh indiferencia inconcebible! ¡Oh ingratitud sin ejemplo! Pues que Tú ¡Dios mio! no tienes necesidad alguna de nosotros, siendo bienaventurado por Ti mismo desde toda la eternidad, cuando nosotros necesitamos de Ti, aún para vivir y para respirar, por lo mismo que somos obra de tus manos! Y, sin embargo, no sólo osamos pisotear tu santa ley, sinó que aún llevamos nuestra osadía hasta el extremo de injuriarte, preguntando: ¿quién es ese Dios á quien debemos servir? No le conocemos (1).... ¡Ay! ¿es ese, pues, el amor que te juramos en el bautismo? ¿Son esas las promesas que te hicimos de renunciar al mundo, al demonio y á la carne para servirte á Ti solo durante nuestra vida? Para que recordemos nuestro deber, ya no basta que Tú, de vez en cuando, descargues tu mano sobre nosotros, pues somos cobardes en el momento en que la vara de tu brazo nos hiere; pero no bien la levantas, volvemos inmediatamente á nuestro antiguo orgullo (2). ¡Ah! ¿qué será, pues, de nosotros, oh Señor, en el dia de tus venganzas? ¡Dígnate, Señor, concedernos la gracia, por los méritos y la intercesion de María, de que sepamos entrar en cuentas con nosotros mismos, para vernos libres de aquel tremendo juicio. Concédenos ahora la gracia de poder reparar hasta la más mínima de las ofensas que hicimos á tu bondad; sí, ahora, que aún es tiempo de misericordia, que aún es dia de salvacion (3). Esa gracia te la pedimos por la sangre de tu Hijo; por los méritos de todos los Santos, y, en especial, por los de tu querida hija María. ¡Oh María, tierna María! pide por nosotros misericordia;

(1) JEREM. II. 6 et 20.

(4) ORAT. URBAN. VIII, In fin. Brev.

(3) II, CORINT. 6.

ruega por nuestra salvacion; puesto que, arrepentidos y avergonzados de nuestras culpas, juramos amar, desde hoy en adelante, al Dios nuestro y tuyo, sobre todas las cosas; cifrar toda nuestra dicha en la observancia de su santa ley; y de morir una y mil veces ántes que ofender á su paternal corazon. ¡Oh amor dulcísimo de Jesús! á Ti nos acogemos, y por Ti esperamos ser salvos! ASI SEA.

## DIA SÉPTIMO.

## LA PRESENTACION.

*Audi, filia... obliviscere domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum.*

Escucha, oh hija, olvida la casa de tu padre, y el Rey se enamorará de tu beldad.

(SAL. XLIV, 11.)

No hay en el mundo, en mi concepto, hombre alguno, que no crea en la Religion, á ménos que por una aberracion monstruosa, hubiese alguien llegado á tal grado de perversidad, que hubiera llegado á borrar de su entendimiento hasta la luz del rostro de Dios, que nos imprimió al criarnos (1); luz que nos sirve para conocerle y amarle, en lo cual consiste, en sustancia, su religion. Por eso escribió un filósofo, aunque pagano, que era más fácil encontrar en el mundo una ciudad sin muros, ni cimientos, ni defensor alguno, que encontrar una ciudad sin leyes, ni templos, ni altar alguno consagrado al culto de Dios (2). Empero, no sucede lo mismo cuando se trata de las maneras y de los actos con los cuales debe ser adorada la divinidad. En esta parte es fácil encontrar muchos, que no reparan ni se avergüenzan de decir, que la Religion es un yugo insoportable; y no porque en realidad ella sea tal en sí misma, sinó porque los hombres,

(1) «*Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.*» PSALM. VI. 2.

(2) Plutarco.

según ellos dicen, le añadieron tantas y tan vanas ceremonias y ritos de culto externo, que despojándola enteramente de su primitiva sencillez, la cual la hacía aparecer como verdadera hija del corazón de Dios, la hicieron enojosa é impracticable. Es ese un razonamiento tan estúpido, que pudiera creerse como una negación de toda inteligencia. ¡Pues qué! ¿acaso Aquel que promulgó y estableció la Religión entre los hombres para ser glorificado en toda la tierra, pudo después abandonarla al capricho humano, de tal suerte, que ya no correspondiera á su fin? ¿Qué sería entonces de su sabiduría, de su poder y de la gloria de su nombre? Hé ahí, pues, mis amados hermanos, á que monstruosas consecuencias conducen las doctrinas de los flamantes innovadores del siglo; los cuales quisieran modernizarlo todo, sin excluir la santa Iglesia de Jesucristo. Empero, además de no tener tal facultad; ¿qué saben ellos de los preceptos y de los misterios que á la Religión se refieren? Pues bien; yo declaro, por el contrario, y nada más fácil de demostrar, que en la economía sacrosanta de la Religión católica no hay acto alguno, por insignificante que parezca, que no nos haga admirar y venerar algunas sublimes verdades, y no sea origen de santos afectos y de misteriosas comunicaciones del corazón humano con la suprema divinidad del cielo. Como, empero, esa apología fuera demasiado larga, y, acaso, no adecuada á la inteligencia de todos, me limitaré á hacerla de las prácticas del culto mosaico, del cual el nuestro es el complemento y la perfección, y especialmente hoy, de las ceremonias de la Presentación de la Virgen en el santo Templo, que sin duda escuchareis con placer en honor de la Madre de Dios y de los hombres, la dulce doncella María. Pidamos la gracia: A. M.

Joaquín y Ana hallanse, pues, ya dentro del Templo, donde con solemnidad debe su hija María ser presentada y ofrecida al Señor. Al decir que ellos se hallan dentro del Templo, no debe entenderse del lugar propio del sacrificio: en dicho lugar no era lícito entrar á persona alguna, salvo á los sacerdotes de Jehová; á diferencia de lo que se practica entre los cristianos, los cuales, sean hombres ó mujeres, pueblo ó ministros, todos pueden entrar en la casa de Dios y colocarse en cualquier sitio de la misma. En aquellos tiempos el lugar de los sacrificios hallábase exclusivamente destinado para los oficios del ministerio sacerdotal; al pueblo sólo se le permitía asistir á ellos en un lugar aparte, de la manera que ahora voy á referir. A las mujeres, sobre todo, se las mantenía más alejadas de dicho sitio; toda vez que en la ley antigua su condición se diferenciaba poco de

la de las esclavas (1). Así, pues, las mujeres, enteramente separadas de los hijos y de los esposos admitidos á la religiosa ceremonia en el interior de los recintos del átrio, ó sea de la antepuerta, debían, durante ella, permanecer y rezar sus oraciones como segregadas de la comunión de los hombres, encerradas en elevadas galerías y con la cabeza humildemente inclinada; desde cuyo punto á duras penas podían ver en lontananza el magnífico techo del Templo, formado de maderas de cedro y tachonado de clavos de oro. En nuestros días, por el contrario; ennoblecida la mujer por la gracia de Jesucristo, con excepción de la dignidad y del ministerio sacerdotales, goza de libertad tan amplia como los hombres en todo lo que concierne al culto religioso; y eso es debido, principalmente, al honor al cual encumbró su sexo con su excelsa dignidad de Madre de Dios, la doncella María, en la cual fueron admirablemente bendecidas todas las mujeres, así como por la maldición de Eva pecadora habíanse convertido en los seres más abyectos de la tierra (2). Esta abyección subsiste todavía entre los pueblos en los cuales no ha penetrado aún la luz del Evangelio, ó ha sido corrompida y adulterada por la herejía: en suma, allí donde no reina el Catolicismo, las mujeres son consideradas como unos objetos de muy ínfimo valor; siendo sólo codiciadas y queridas en tanto sirven de instrumentos de brutal placer, y nada más (3). Pues en esos pueblos no hay leyes que las protejan, ni ellas disfrutan de autoridad alguna en la familia, sino que están destinadas á satisfacer ignominiosamente los bárbaros caprichos del despotismo de los hombres, y se las alimenta á título de caridad, como si fuesen la cosa más abyecta de la naturaleza. ¡Ah! bien veis, pues, vosotras, oh mujeres, las solemnes obligaciones que os ligan á la Virgen Santísima del cielo, y el deber sagrado, pero, al mismo tiempo suavísimo, que teneis todas de amarla, después de Dios, sobre todas las cosas! Ese amor debe consistir, principalmente, en la celosa imitación de las virtudes que la ofrecieron como un grande portento á la faz de la tierra y del cielo; quiero decir, su fé, su piedad, su dulzura, la sencillez de su trato, la modestia de su aire y la inocencia de sus costumbres. De esas virtudes, tenedlo bien entendido, dependen vuestra verdadera gloria y grandeza. Por eso ha dicho admirablemente un distinguido escritor de nuestros tiempos: la mujer sencilla, púdica, y piadosa posee, en verdad, algo de misterioso, que nos la muestra, más bien que como una criatura terrenal, como una

(1) Véase Orsini: *la Virgen*, etc. tom. 1.

(2) Véase al P. Ventura: *La Mujer Católica*, tom. 1.

(3) Idem, *ibid.*

criatura divina; pero, jamás se mostrará tal la mujer descarada, orgullosa, que sólo piensa en adornos y deleites, la cual subleva y ofende al corazón.

Empero, volvamos nuestras miradas al santuario, donde la Virgen va á ser presentada, finalmente, á su Dios. Segun la ley de Moisés, el presentar un hijo ó una hija al Señor, significaba confiarlos en manos del sacerdote, para que éste le hiciera el ofrecimiento de ellos y se los consagrara. Y, ante todo, ofrecíase un sacrificio llamado de PROSPERIDAD (1); del mismo modo que nuestros mayores, ántes de realizar ó acometer una empresa ó algun negocio, solían hacer alguna solemne oracion, invocar á algun santo, ó hacer celebrar alguna misa, para que el Cielo les fuera propicio. Hé ahí una santa costumbre digna de ser practicada por todos en cualquier circunstancia; por medio de la cual los usos y negocios de la vida se enlazan, en admirable armonía, con las creencias y los sentimientos de la Religión, sólido fundamento de todo bienestar en este mundo. Así, pues, Joaquin y Ana, ántes de entregar á su hija María, presentaron á los sacerdotes y á los levitas, reunidos en el átrio más interior del Templo, el cordero que habían llevado consigo para víctima del sacrificio. Dicho sacrificio celebrábase de la manera siguiente. En primer lugar, preciso es saber, que en tal ceremonia los sacerdotes de Israel no llevaban de ningun modo su frente ceñida de laurel ni de verde ápio, como acostumbraban los paganos; sinó que llevaban en su cabeza una mitra redonda de lino, bastante calada, y en sus hombros una toga, igualmente de lino blanco, larga, mas algo estrecha, ceñida á la cintura con un ancho cinturón recamado de oro y de un color con mezcla de púrpura y de jacinto, cuyo ornamento solo era usado en la casa del Señor. Uno de dichos sacerdotes, pues, tomando el cordero, y colocando su cabeza hácia el norte, lo degollaba, recitando una breve oracion al Dios de Jacob; y la sangre que allí se derramaba, guardábase aparte para rociar con ella los cuatro ángulos del altar (2). Despues de este acto, poníanse en un plato de oro parte de las carnes todavía palpitantes de la víctima y los intestinos; y entónces el sacerdote subía con los piés desnudos la escalera del ara de los holocaustos, y en su última grada [derramaba libaciones de vino y de sangre, y echaba en la ardiente llama flor de harina desleida en una copa de oro con aceite de olivas purísimo; depositando, finalmente, la pacífica ofrenda sobre la encendida leña, que suministraban los inmensos bosques de Sichem, y que había sido

(1) Orsini: *la Virgen*, etc., tom. i.

(2) Prideaux. *Historia de los Jud.*

escrupulosamente inspeccionada de antemano, y despojada de su corteza exterior por los oficiales del interior del Templo (1). Lo restante del cordero, á excepcion del pecho y de la espaldilla, que pertenecía á los sacrificadores, se entregaba á las personas que ofrecían el sacrificio, á fin de que éstos, á su vez, lo repartieran entre sus parientes. Así se hizo, pues, respecto del cordero de Joaquin y Ana, los cuales asistieron á dicha ceremonia, poseidos no sólo del más profundo respeto y devoción, si que tambien de religioso temor, como podeis muy bien imaginar.

¡Ah! mis amados hermanos; permitidme que os lo diga: ¡plugiera al Cielo que nosotros honrásemos el sacrosanto sacrificio de la nueva ley, del mismo modo que los antiguos hijos de Israel honraban el que acabo de describiros! el cual, sin embargo, no era más que una leve sombra y figura del nuestro. ¡Oh! si; allí ofrecíase un buey, un becerro, ó un cordero; mas aquí se ofrece en sacrificio el cuerpo vivo y real de Jesucristo; ante cuyo misterio, los Angeles mismos, en reverencia de tanta magestad, se inclinan para adorarla, y con sus alas, como con un velo, cubren su rostro; y al tiempo que el cielo brilla con nueva luz, luz de omnipotencia y de bondad, la tierra se siente regenerada con nueva vida, y el Infierno tiembla en el fondo de sus abismos! Y nosotros, en el acto en que se consuma tan augusto misterio ¿qué practicamos? ¡Oh! tiempo de ignominia para el pueblo cristiano! ¡Oh! desdicha y aflicción de nuestra santa madre la Iglesia! Nosotros vemos cometerse tales profanaciones en la casa de Dios, en el acto mismo en que se ofrece al Cielo el tremendo sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, que el ánimo no puede ménos de estremecerse. Nosotros vemos, á menudo, que al elevarse la hostia sacrosanta, unos le vuelven la espalda con la mayor desfachatez; otros, por necio amor á la limpieza de sus vestidos, niéganse á doblar la rodilla al suelo; y otros, finalmente, ¡horror causa solo el imaginarlo! echan con depravada intencion miradas de impureza en medio de aquel pavoroso silencio que recuerda la muerte del Hijo de Dios. ¡Ay de nosotros, cuando tales abominaciones se observan en el templo santo del Señor! Bien es verdad, que él sufre esos sacrilegos ultrajes; mas tened por seguro que no quedarán impunes, ni aún acá abajo, además del tremendísimo castigo que nos espera en la otra vida. Empero, prosigamos.

Cumplido por Joaquin y Ana el deber del sacrificio, miéntras aún éste ardia, y los últimos ecos de las trompetas de los levitas per-

(1) Correspond. de Oriente, tom. iv.

díanse en las elevadas bóvedas de las galerías, un sacerdote bajó al lugar en que estaban las mujeres para terminar la augusta ceremonia. Entónces Ana, teniendo á su lado su esposo, y llevando en sus brazos á María, adelantóse hácia el ministro del Altísimo, á cuyos piés depositó la jovencita, único fruto, y tan querido, de su seno, profiriendo, segun una tradicion árabe, estas palabras, consignadas en el Coran: «Esta es la ofrenda que yo te hago de Aquella de la cual ha de nacer Dios (1).» Y el sacerdote, en nombre de Aquel que fecunda el seno de las madres, aceptó el precioso depósito que confiaba en sus manos el espíritu de la piedad y del reconocimiento; y despues de haber bendecido á Joaquin y á su piadosa consorte, extendió sus manos sobre toda la multitud, que estaba postrada y reverente en su presencia, diciendo: «¡Oh, Israel! haga el Eterno brillar sobre tí la luz de su rostro; concédete prosperidad en toda cosa, y te dé la paz!» Y todo los circunstantes, formando sobre sus ojos y su rostros como un velo con las palmas de sus manos, para demostrar la debida reverencia á Jehová, que se hallaba oculto é invisible en la persona del sacerdote, respondieron con una sola voz: «¡AMEN!» A estas palabras siguió un armonioso cántico de regocijo y de reconocimiento, acompañado de las arpas sagradas; y así terminó la solemnidad (2).

Tal fué mis amados hermanos, la presentacion de la doncella María en el templo en los últimos dias del mes de noviembre, en la ciudad santa de Jerusalem. En dicha ceremonia, los hombres, que, de ordinario, solo atienden á la superficie de las cosas, no vieron más que una jovencita de sorprendente belleza y admirable piedad, que era ofrecida y consagrada á Dios por sus padres. Y tal vez hubo, en tal ocasion, atendido al estado de corrupcion á que se hallaba reducido á la sazón el pueblo de Israel, quien de aquel acto de religion hiciera risible befa, como la hacen tantos en nuestros dias, de aquellos que consagran alguno de sus hijos ó hijas al servicio del Señor; ¡cual si fuera eso una ignominia, y no la más bella gloria á la cual pueda aspirar una familia cristiana cualquiera! Empero, los Angeles del cielo, á cuyo cuidado estaba confiada la custodia del santuario, viendo la misteriosa grandeza que rodeaba á la doncella, la reconocieron por la futura Madre de Dios, por la Eva celestial, que venia á reparar la falta de la Eva pecadora; por la hija adoptiva y predilecta del Eterno, que Adán había contemplado ya, desde las sublimes alturas del terrenal Paraiso, destinada á ofrecer al mundo, con el gérmen divino

(1) D'Herbelot; *Bibl. Orient.*

(2) Bannag. lib. vii, cap. 15.

de su seno, la única tabla de salvacion despues del naufragio. De ahí, que todos ellos, gozosos al ver asomar, por fin, la aurora de los prometidos dias del Salvador del mundo, saludaran á aquella tierna flor, colocada allí para que creciera al pié del altar, como el olivo de la paz y de la renovada alianza entre la tierra y el Cielo.

Si ahora, mis amados hermanos, deseareis saber el nombre del sacerdote á quien cupo la suerte de admitir á la hija de Ana entre el número de las vírgenes del Señor, os diré, con san German, patriarca de Constantinopla, Jorge de Nicomedia, y otros (1); que fué, probablemente, Zacarias, el padre de san Juan Bautista. En efecto; además de los vínculos de estrecho parentesco que unían á las familias de Zacarias y de Joaquin, nos inclinan á creerlo así, el grado elevado que Zacarias tenía en aquellos dias en el sacerdocio, y el tierno afecto que profesó siempre la bondadosa María lo mismo á él que á santa Elisabeth. Hé aquí, pues, á la querida hija de Joaquin y Ana entre las ALMAS del Templo, es decir, entre las vírgenes niñas, que encerradas en el santuario educábanse léjos de las miradas de los hombres; en la sagrada sombra, fecundadora de toda santidad, bajo la especial proteccion del Cielo. Y ahora apreciad el valor de esa antiquísima costumbre, criticada, sin embargo, tan insensatamente por la impiedad de nuestros dias, de colocar, desde edad temprana, á los hijos bajo la tutela de la Religion, y la natural conviccion universal, de que el único y eficaz medio para hacer buenos á los hijos, es colocarlos, en sus primeros años, bajo la inmediata proteccion, y casi estoy por decir, direccion del Cielo, para inspirarse en los dulces encantos de la angelical simplicidad, de la honestidad, y en suma, en el espíritu de los hijos de Dios, de lo cual deberán dar pruebas en el teatro del mundo cuando sean adultos. Eso debe entenderse, especialmente, de las mujeres, las cuales educadas en el retiro, en el trabajo, y bajo la celosa vijilancia de sí mismas, podrán ser un día el consuelo de las familias, en las cuales sean destinadas con la santidad del matrimonio á ser el sostén de la virtud y de la economía doméstica; verdaderas antorchas, segun la expresion del Eclesiástico (2), colocadas para iluminar un lugar tenebroso; miéntras que si se forman con los principios del mundo, con el placer, con las diversiones y con los bailes, las vemos ser causa de la perdicion de sí mismas, de la casa en que entran, y de toda la sociedad civil.

¡Oh, Dios mio! ¿Cuándo será, pues, que nosotros, á imitacion de Joaquin y Ana, te haremos una ofrenda digna de tu excelsa majes-

(1) Véase Orsini, *La Virgen*, tom. 1; y Trombelli, *B. V. M. vita cultusque*, etc.

(2) ECCLESIAST. XXVI, 25.

tad, para darte gracias por el inmenso amor que nos profesas, desde que reinando solo, y siendo dichoso por Ti mismo en el cielo, ántes que comenzáran los siglos, te dignaste éscogernos (1), destinándonos á vivir una vida de sabiduría y de bienaventuranza en la luz de la razon y en los consuelos de la gracia, para que nosotros, en cambio, con nuestra fiel sumision, nos hiciésemos dignos de tu gloria? ¡Ah! quién creyera jamás, que nosotros hemos hasta aquí pasado los dias ofendiéndote, consagrando á unas criaturas miserables el afecto que sólo debe estar reservado para Ti? Y, sin embargo, Tú, ya no nos pides ovejas, ó bueyes, ni los frutos de nuestros sudores, ni los productos de nuestros campos, que, no obstante, son dones gratuitos de tu liberalidad; sino que te contentas con el corazon y con el amor que Tú mismo nos inspiras; con aquel corazon que Tú formaste, tan inclinado hácia Ti, de modo, que sin Ti no puede vivir (2); siendo incapaces, como son, todas las cosas de este mundo de satisfacer el deseo que Tú nos infundiste de una vida feliz! Y, además del instinto interior de nuestra naturaleza; además de los suaves estímulos de la gracia; nos invitan á amarte los cielos mismos, que publican tu gloria (3), las flores de los campos, que reflejan tu belleza; la yerba, las plantas, los riachuelos, y, en suma, las criaturas todas, cuya vida no es otra cosa que un perpétuo himno de alabanza á tu grandeza y tu bondad. ¡Ah, Señor! cese, pues, en nosotros tan monstruosa ingratitude! ¡Haz que por tu gracia, comprendamos de una vez, que Tú, solamente, eres digno de nuestros afectos y de nuestro reconocimiento; Tú, que eres grande sin fin, omnipotente, bueno, misericordioso y Padre de todos los siglos! ¡Oh, sí, Dios mio! enciéndase en nuestros corazones aquella pura llama de caridad, que guió en este dia á Joaquin y Ana al Templo para ofrecerte su tierna hija María; y desde hoy en adelante, sea tu santa casa nuestra habitacion; tu altar nuestra delicia; y tu fiel servicio nuestra felicidad; á fin de que un dia, merezcamos ser participantes del premio admirable que tienes preparado en los cielos para aquellos que te aman y te sirven sinceramente. Así SEA.

(1) JEREM. XXXI, 3.

(2) San Agustin.

(3) *Cæli enarrant glorium Dei.* PSALM. XVIII, 1.

---

## DIA OCTAVO.

---

### LA EDUCACION EN EL TEMPLO.

*Eo quod reliqueris parentes tuos, et terram in qua nata es... plenam mercedem accipies.*

Por cuanto has abandonado tus padres y tu pais nativo, recibirás un cumplido galardón.

(RUTH. II, 14.)

Quando se trata de educacion, mis amados hermanos, trátase de una cosa de la cual, en nuestros dias, muy pocos tienen una exacta idea; dado que algunos creen que ella debe consistir, únicamente, en aspiraciones y prácticas religiosas, como si el hombre, salvo aquellas excepciones que hace la gracia divina con extraordinarios prodigios, no tuviera que vivir más que de oraciones, de obras de piedad, frecuentando los templos, y postrando su frente al polvo delante de los altares; es decir, sin ningun cuidado del mundo, ni solicitud alguna respecto de la direccion de la familia, ni pensar de ningun modo en los trascendentales deberes que impone el consorcio civil. Otros, por el contrario, partiendo del principio, que los negocios de la fé y de la religion deben estar enteramente separados, opinan, que la principal mira y cuidado de los padres consiste en educar á los hijos para los negocios de la tierra, bastando consagrar luégo á Dios, á la religion y á la Iglesia, las pocas horas que restan de aburrimento y fastidio; y aún, á duras penas, los brevísimos y tristes dias de la decrépita ancianidad. ¡Extraño es, en verdad, mis amados hermanos, que deba pensarse tan miserablemente respecto al más importante de todos los intereses humanos en un siglo como el nuestro, que, sin embargo, se titula el siglo del saber! Siendo cierto, como es ciertísimo, que todos los extremos se tocan, é incurrer en extravagantes defectos; es evidente, que esos dos sistemas se hallan muy distantes de la verdad. Pues ¡qué! ¿acaso no tiene el hombre deber alguno para con su Criador? Ciertamente que los